

Gonzalo Torrente Ballester

# Los gozos y las sombras

## 1. El señor llega

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 1971  
Tercera edición: 2017

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard  
Imagen: Arcangel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Gonzalo Torrente Ballester, 1957  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1971, 2017  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-9104-578-6 (O. C.)  
ISBN: 978-84-9104-575-5 (Tomo 1)  
Depósito legal: M. 36.361-2016  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*A quien más dolor me causa*



*La venida de Carlos Deza a Pueblanueva del Conde, si bien se considera, no fue venida, sino regreso. La precedieron anuncios, y aun profecías, especie de bombo y platillos con los que se quiso, como de acuerdo, rodearla de importancia; y hubiera estado bien si las esperanzas levantadas con tanta música no hubieran de ser desbaratadas luego por el propio interesado. Pero la música y la bambolla estuvieron de más. Carlos se fue, o más bien se lo llevaron, cuando era muchacho, y más tarde regresó. El número de los que vuelven nunca es tan grande como el de los que se van, y no puede decirse que todos los que regresan hayan de ser considerados como personajes. Unos traen dinero, automóvil y una leontina; otros, más modestos, un sombrero de paja y un acordeón; los más, una enfermedad de la que mueren, y todos, todos, el acento cambiado y cierta afición a hablar de los que todavía quedan en la emigración, de los que han de volver y de los que ya no volverán, por vergüenza de su mala suerte o porque se han muerto. En cierto modo, todos estos forman grupo; en la calle, los días de feria, o en el Casino, si son socios; por haber estado lejos y haber visto mundo, se les considera, y por la experiencia que tienen, se les consulta sobre las elecciones, o si conviene poner la fuente nueva aquí o allá, o si verdaderamente importa mantener las líneas de autobuses con La Coruña o pedir al Gobierno que de una vez haga el prometido ferrocarril. Pero Carlos, ni estuvo tan lejos, ni se ha traído automóvil, ni una leontina, ni siquiera un acordeón; y si se le pregunta sobre la fuente nueva, se encoge de hombros y sonríe.*

*Quedamos en que, más que venida, fue regreso el suyo y que no había para qué ponerse así. Pero si sobran los anuncios y las profecías, hay que reconocer que no era difícil haberlas hecho. Por-*

*que, sin ser de los que van a América, donde hay que pelear con la suerte y con la muerte, otros como él también se fueron, y volvieron. De unos, nadie lo recuerda, apenas: así de don Fernando, padre de Carlos, que llegó a diputado, y un día regresó, se casó y vivió en su pazo, hasta que marchó de nuevo sin que se haya sabido a dónde, ni cómo, ni por qué. Doña Mariana también se había marchado, puesto que regresó, y esto es también historia antigua, pero sabido de todos. Que el padre de Carlos y doña Mariana se hubieran ido y hubieran regresado, nada prejuzga. Pero también se fue y regresó Eugenio Quiroga, y, más tarde, Juanito Aldán; y lo de estos dos ya supone algo. Era fácil decir: también volverá Carlos. Era fácil. Y no había para qué ponerse así.*

*La primera en sacar las cosas de quicio fue doña Matilde, su madre. Que la pobre lo hiciera no tiene nada de extraño. Le llegaban con cuentos de Cayetano Salgado. Le decían, por ejemplo: «Cayetano hace, o tiene, o puede»; y ella respondía: «Ya verán cuando venga mi hijo». O bien alguien aseguraba que Cayetano era muy guapo; y entonces ella mostraba el retrato de Carlos, que siempre fue feo hasta en fotografía. O se hacían las amilagradas de que Cayetano estuviese en Londres, y ella hablaba de Viena como de ciudad más importante, en la que nadie de Pueblanueva había estado ni había oído hablar; porque decir de los valsos que eran de Viena era como decirlo del pan. Quién, creyó que Viena era una panadería, y cuando doña Matilde mostraba las tarjetas postales con palacios, iglesias y parques, abría la boca de una cuarta: «¡Ah! ¿Es que el pan viene de ahí?».*

*La pobre doña Matilde se pasó varios años hablando de la vuelta de su hijo, casi amenazando con ella, y se murió sin verla, pero segura de que un día había de acontecer. Todas las disposiciones del testamento la daban por segura. Hubiera sido un mal hijo Carlos de quedarse en el extranjero, o de irse a Madrid directamente sin pasar por Pueblanueva. ¡Si hasta el lugar del cementerio donde yacía doña Matilde era provisional, porque había dispuesto que su hijo eligiese la huesa definitiva! ¡Bah! ¡Tanto preocuparse por lo que pase después de muerta!...*

*Lo de que amenazaba con el regreso de Carlos es la pura verdad. No es que las cosas de Pueblanueva marchen tan bien que sean perfectas, pero no están como para amenazas. Es cierto que Cayetano manda, pero alguien ha de mandar. Si a todas las madres se les ocurriese que habían de ser sus hijos los mandones, ¡menudo berenjenal se armaría entre ellas! Doña Matilde había cogido esa perra como pudo coger otra cualquiera: cosas de vieja. Por otra parte, hay razones para explicarlo. El mandón había sido siempre un Churruchao: Deza o Sarmiento, Aldán o Quiroga, y por primera vez alguien mandaba, ajeno al clan. Pero mandaba por conquista, no por herencia; por la fuerza de su dinero, no de bóbilis, bóbilis; mandaba por redaños y nadie se movía. El cisma se armó con los anuncios y profecías, pero fue poco duradero. «Mi hijo va a venir pronto y ya veréis cómo pone en orden las cosas», decía doña Matilde. Y alguien bajaba del pazo con el cuento, pasaba de unos a otros, y la amenaza tuvo eco, y el cisma, partidarios. Nunca faltan amigos de novedades, y revoltosos atosigados, y descontentos silenciosos: para éstos, cualquier ocasión es buena, aunque sea cambiar de amo. Si por un lado les han tundido las costillas, buscan quien se las tunda por el otro, y tan contentos.*

*Eugenio Quiroga regresó calladamente, ya va para veinte años; quiso pintar a una moza desnuda y le armaron un lío; luego se fue al convento y se metió a fraile: a nadie se le ocurrió pensar que pretendiese echar a los Salgado del mando, y menos del mundo. Y Juanito Aldán volvió tan desacreditado, que cuando empezó a hablar del anarquismo y de todo eso, lo enviaron a paseo. Los dos predicán, uno en la iglesia, el otro en la taberna, pero nadie les toma en serio lo que dicen: porque Pueblanueva no será capital de provincia, ni cabeza de partido, pero no faltan en el Casino gentes ilustradas y entendidas: don Lino, el maestro, republicano de siempre, o don Casto, que fue en Buenos Aires presidente de la Sociedad de Hijos de Pueblanueva, y aunque vive en La Coruña, pasa aquí los veranos; y algunos más. Ya sin hablar de Cayetano.*

*Contando con esto, doña Matilde debió callar la boca. Pero habló, y ése fue su mal. Los que perdían al mus, se hicieron partida-*

rios de Carlos, sólo porque Cayetano ganaba siempre. Los propietarios de tiendas sin clientela se pasaron a Carlos sólo porque el astillero de Cayetano es un negocio de millones. Los que tenían hijas mozas de buen ver cambiaron de chaqueta sólo porque Cayetano se había acostado con ellas o acabaría acostándose. Y así los demás. Nadie sabe qué esperaban, ni por qué. Hubiera sido razonable de un ingeniero o de un ricacho, pero Carlos era médico de locos, y nada más. Un médico de locos es la misma persona, que estudie en Viena o en Santiago de Compostela. Podrá curar a los imbeciles, pero el mangoneo de Pueblanueva es otro cantar, y nada fácil, por cierto. Para mandar en Pueblanueva, hoy por hoy, se necesitan riñones y dinero.

Doña Matilde describía a su hijo a su manera, el auditorio interpretaba a la suya, y la especie, llegada a los corrillos, se transformaba al gusto de cada cual. Ya se sabe lo que pasa con los cuentos. Y como lo que doña Matilde contaba de su hijo, inventado por ella, tocaba en el milagro, se tuvo a Carlos por una especie de curalotodo que así levantaba la paletilla como sacaba los demonios. Esto último no hacía mucha gracia a los curas, porque, desde siempre, los demonios no salen del cuerpo más que yendo en romería a la ermita de San Andrés, conforme se sale de la ría, a la derecha; y si Carlos los expulsaba de los cuerpos sin el concurso del santo, la ermita quedaría sin clientela. De los curas viene el cuento de la brujería de Carlos. El día que don Julián disputó con don Lino, éste se puso de la parte de Carlos y de la ciencia, y el cura le respondió que, fuera de Dios Nuestro Señor y de sus santos, sólo el demonio puede hacer curaciones, y que si Carlos las hacía, el demonio tendría que ver con sus artes. En aquella ocasión don Lino tuvo pocos partidarios. La gente se inclinó por don Julián, y si hasta entonces la reputación de Carlos permanecía en cierto modo vaga, desde entonces se concretó como profesional del meigallo científico. Es posible que algunos esperasen que apareciera vestido con un batón negro bordado de estrellas; un cucurucho en la cabeza, y en la mano la vara de las virtudes. Pero, así o de otro modo, los cismáticos no dudaron que podría desbancar a Cayetano y mandar en Pueblanueva.



*El padre Eugenio tuvo también su parte. El padre Eugenio, desde que se ordenó, venía todos los domingos a predicar el Evangelio, si no es durante la Semana Santa, que permanecía en el monasterio. Se empezó a decir que Carlos llegaría para Navidades. El padre Eugenio, así como un mes antes, comenzó las profecías desde el púlpito, y aunque no se nombró a Carlos para nada, todo el mundo lo entendió desde el principio. «Y entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube con gran poder y majestad.» La gente se miraba, y don Julián, que medio se había dormido en el presbiterio, levantó la cabeza, asustado. Fue por el tono con que el padre Eugenio lo dijo; que las palabras, según se supo luego, eran del Evangelio. Al domingo siguiente, lo que gritó fue esto otro, comentado después: «Excita, Señor, nuestros corazones, a preparar el camino de tu Unigénito», y todo se le volvía luego hablar de esperanzas y redenciones, como si Carlos, cuando viniese, fuera a repartir las tierras, a curar a los tísicos y hacernos iguales a todos. Andaba la gente revuelta, después de este domingo, y taciturna, y aunque pocos se hablaban, todos, al mirarse, se entendían; más o menos como cuando vino la República, que nadie osaba hablar de ella claramente, pero se comunicaban las esperanzas con escasas palabras; y si esto de Carlos sucedió en los mismos términos, fue, seguramente, por el poco tiempo que la República llevaba, y porque la gente no estaba muy contenta y creía que Carlos iba a traer lo que la República no les había dado: lo cual sucede por culpa de los que prometen sin discreción cosas que luego no podrán cumplir. El tercer domingo, el padre Eugenio habló del Precursor, y empezó a decir cómo era, y todos vimos que estaba retratando a Juanito Aldán, tan largo y seco como el propio padre Eugenio, y al referirse a sus discípulos, era verdaderamente a los pescadores a quienes se refería, porque Aldán hablaba en las tabernas a los pescadores y de la revolución social y de todas esas gaitas. Hasta entonces, el revoltijo no había bajado a las tabernas, pero, aunque los pescadores no van a misa, no faltó quien les refiriese lo del sermón, y así se alborotaron. Se alegraban, además, de que alguien contase con ellos, aunque fuese el padre Eugenio. Y Aldán les predicó aquel día que*

*el nuevo mundo no podría hacer nada sin el proletariado. Por último, el domingo cuarto, el fraile repitió muchas veces que «el Señor está cerca de todos los que le invocan, de todos los que le invocan de verdad», y explicó también que en otros tiempos los cristianos saludaban, diciendo: «El Señor viene, el Señor llega», y que para los cristianos el Señor estaba siempre llegando de verdad, y que ahora iba a llegar a Pueblanueva y, con Él, su reino y su justicia. Cayetano tuvo que tomar cartas en el asunto. Dijo en el Casino que el padre Eugenio estaba loco, y que si seguía por aquel camino, hablaría a las autoridades. El propio don Lino, que hasta entonces se había mantenido a la expectativa, más que nada por ser Carlos hombre de ciencia, se pasó al bando de Cayetano, porque él no podía estar con los fomentadores de la superchería. Estas palabras fueron de gran efecto en el Casino, ya que don Lino tenía con Cayetano un antiguo resentimiento a causa de su mujer, con la que Cayetano había andado un par de años antes; y la reputación de don Lino ganó mucho al ver los socios del Casino y demás gentes de bien cómo sacrificaban sus rencores a sus convicciones. Aquella tarde, el maestro ganó al tresillo más de lo corriente, en parte por la suerte, ya que juntó espada-mala-basto dos o tres veces, en parte porque los otros le dejaban jugar siempre y ganar, en atención al sacrificio. Que a los pocos días su hijo mayor, un mangante sin oficio ni beneficio, entrase en las oficinas del astillero con sueldo de meritorio, fue una galantería particular de Cayetano. La verdad es que, si antes no lo había hecho, la culpa fuera de don Lino, porque Cayetano se portó siempre bien con las mujeres, y el astillero está lleno de padres, hermanos y maridos de sus queridas. Don Lino se mosqueó lo suyo cuando lo del lío, y alardeó contra Cayetano, pensando que por tener un sueldo del Estado podría mantenerse independiente; y cuando vino la República, trabajó por ella como si trabajase contra Cayetano; pero éste, desde sus viajes, renegaba del Rey por lo bajo, y poco antes de las elecciones mandó a todos sus obreros que votasen por los republicanos; y él mismo se hizo socialista, con lo cual sacó a los concejales que quiso y dejó a don Lino en el aire. Era una pena el malentendido entre los dos, y to-*

dos lo lamentaban, y no faltó quien dijese al maestro —o, al menos, así se cuenta— que la culpa de que Cayetano se hubiese acostado con su mujer sólo la tenía ella. Afortunadamente, la llegada de Carlos, o, mejor, los disparates de fray Eugenio, volvieron a la amistad a estos dos hombres, y entre las personas sensatas hubo un respiro como de alivio, porque hubiera sido un contratiempo que don Lino se convirtiese al cisma. Conviene recordar que por estos días, antes de Nochebuena, hacía muy mal tiempo, y se habían perdido dos barcos con sus tripulaciones: uno, estrellado en los acantilados, y el otro, hundido Dios sabe dónde, sin dejar rastro; y esta circunstancia patética favorecía los disparates, sobre todo entre las clases más afectadas por la desgracia o más temerosas de que se repitiese. Por fortuna, el cuarto domingo de Adviento roló hacia el nordés, y luego vinieron las nieblas y el orballo, con mejor temperatura y mar llana. Pero el temporal de las almas tardó más tiempo en amainar. Es el caso que todos cuantos tenían algo que ganar y nada que perder, andaban por aquellos días alucinados como cuando vienen los misioneros y arman esos pitotes con amenazas de infierno. Como hubo buena pesca, los taberneros vendieron vino en abundancia. Pero en todos esos lugares, los espías de Cayetano tomaron nota de cuanto se decía, y por quién: en el astillero despidieron a diez o doce, por traidores.

Nadie sabrá jamás la parte habida por doña Mariana Sarmiento en el jaleo. Doña Mariana apenas era pariente de Carlos, y, sin embargo, le escribía desde la muerte de doña Matilde, le administraba las tierras y le cobraba los cuatro cuartos que rentaban. Que el padre Eugenio no le habló, está probado. Que ella se dormía durante los sermones del domingo, todo el mundo pudo verlo, y no es nada nuevo, porque se dormía siempre. Tampoco dijo a nadie cuándo llegaba Carlos, pero se pudo colegir de la visita que hizo una tarde al pazo, y del tiempo que pasó en él, recorriéndolo todo, y de las órdenes que dio para que lo limpiasen y adecentasen un poco. Pero aquello no había manera de adecentarlo, aunque vinieran treinta mujeres y fregasen durante quince días seguidos, porque lo que necesitaba, más que treinta mujeres, eran treinta alba-

ñiles y carpinteros, y algunos meses de trabajo. Por lo cual, doña Mariana dejó el pazo cerrado y dispuso en su casa habitación para Carlos. Esto sucedía cosa de una semana antes de la llegada. Las noticias venían por Aurora la Rucha, hija de Manuela la Rañesa y de un patrón de pesca llamado el Rucho, que había dejado hijos por un lado y por otro. Manuela cocinaba para doña Mariana y Aurora servía de doncella, y no podía ver a su ama porque la obligaba a vestirse de negro, con cofia y delantal, como en las capitales, sin que pudiera quitárselos cuando salía a la calle, y así todo el mundo conocía que era sirvienta; aunque en este punto nadie dio la razón a la Rucha, porque es natural que todo el mundo manifieste por el traje la condición. Lo que sucedía es que entre Aurora y doña Mariana existían otros resentimientos. Aurora nació en la casa, que doña Mariana se portó bien con Manuela cuando quedó preñada. Pero, a los quince o dieciséis años, la Rucha empezó a verse con los mozos, y a escaparse por las noches, y doña Mariana, que andaba sobre aviso, la metió en cintura con buenas broncas y amenazas de poner en la calle a la madre y a la hija, si seguía en aquellos pasos. Y aquí sí que la gente estuvo de parte de la Rucha, porque ni doña Mariana era quién para meterse en esto y en lo otro, que para eso estaba la madre de la Rucha, ni tenía autoridad moral para hacerlo, por lo de ese hijo que doña Mariana tuvo, de soltera, como todo el mundo sabe. Una mujer no puede reprochar a las demás sus propios pecados.

La Rucha andaba de emisaria entre la casa y la calle. Cómo se preparó la habitación y se eligieron sábanas finas y colchas de damasco; cómo se encargaron vinos a La Coruña, vinos de mesa, embotellados y coñac bueno; cómo la vieja andaba endemoniada porque el piano desafinaba y no había a mano quien lo afinase, ya que ella no se fiaba de Paquito el Relojero, que es quien afina los dos o tres pianos que hay en el pueblo: esto y muchos detalles más los contó la Rucha. Y todo el que tenía dos dedos de frente se preguntaba a qué venían tantos preparativos y tanto amor a Carlos, al que doña Mariana, si le conocía, no debía recordar. Carlos marchó de Pueblanueva hace quince años, para estudiar en la

Universidad. Estuvo en Santiago, después en Madrid. Finalmente marchó al extranjero. En este tiempo, doña Matilde fue a verle alguna vez, pero doña Mariana no le vio nunca, ni se sabe que se hayan escrito hasta la muerte de doña Matilde.

Hay un misterio en todo esto, y cuantos llevan la cabeza sobre los hombros se echaron a conjeturar. Porque es notorio que doña Matilde odiaba a doña Mariana, y que en los últimos treinta años se vieron dos o tres veces nada más, y discutieron, y pelearon. ¿Por qué se marchó Carlos y no volvió? Pase que no haya venido desde Viena, que está lejos y el viaje debe de ser caro; pero Santiago está ahí al lado, y Madrid no mucho más allá. Iba su madre a verle, que le costaba igual. Carlos podía haber venido a pasar las vacaciones en su casa y con su madre. Cualquiera buen hijo lo hace. Alguna vez hablaron de esto a doña Matilde, y ella se revolvió, diciendo que Carlos no vendría hasta que hubiese terminado la carrera, y que ella no quería que viniese. Pero acabó la carrera, y marchó a Viena sin venir. Algo cambió, sin embargo, porque desde entonces, doña Matilde comenzó sus predicciones y sus amenazas. «Ya verán todos cuando Carlos venga.»

«Cosas de Churruchaos.» Es lo que suele decirse como recurso fácil, como si se dijese: cosas de locos. Pero los Churruchaos no están locos ni lo estuvieron. Doña Matilde fue en todo una mujer razonable, aunque orgullosa; se sacrificó hasta morir para que Carlos tuviera estudios, y si en su mano estuviera, le hubiera dejado una fortuna, y no el pazo y las cuatro tierras desperdigadas que le quedaron. Tampoco doña Mariana está loca. ¡No, ésta no! Pero doña Matilde impidió que su hijo viniese a Pueblanueva, y doña Mariana, que no debe recordar ni la cara que tiene, hace preparativos para recibirlo como si fuera un hijo o un marido. Sábanas de hilo, colcha de damasco, y el piano desafinado. En el Casino daríamos cualquier cosa por estar en el ajo.

—¿Usted recuerda a Carlos, don Cayetano?

—¡Claro que lo recuerdo! Es de mi edad, meses más, meses menos. Y hemos jugado juntos muchas veces.

—Entonces son ustedes amigos.

—Amigos, lo que se dice amigos...

Cayetano sonrió y encendió su pitillo.

—Mire usted, Carlos y yo, y ese muerto de hambre de Juanito Aldán, jugábamos de niños. Eran unos insoportables presumidos. Muchas veces subíamos a las ruinas del castillo, y entonces, Aldán y Carlos comenzaban a llamar al espíritu del conde don Fernando, el que ajusticiaron en la plaza por mandato de los Reyes Católicos. Hacían como que se les aparecía el conde, se ponían a hablar con él, y a mí no me dejaban escuchar la conversación porque yo era un siervo.

—¿Un siervo? ¿Usted un siervo?

¡Un siervo! ¡Don Cayetano un siervo! ¡El más rico, el amo de Pueblanueva!

Cayetano Salgado sabe más que nadie de los Churruchaos. A veces deja escapar un detalle, como sin darse cuenta.

Cuando Carlos Deza marchó a la Universidad, su madre intentó vender las tierras de su marido a don Jaime Salgado, el padre de Cayetano. Doña Mariana se metió por medio e impidió la venta.

Lo cierto es que Cayetano no lo contó nunca así. Hubiera tenido que confesar que su padre obedece a doña Mariana, y esto Cayetano no lo reconocerá jamás.

Doña Matilde no pudo vender sus tierras, y hasta pasados algunos años no volvieron a verse doña Mariana y ella. ¿De dónde sacó doña Matilde el dinero que Carlos necesitaba? Y si se lo dio doña Mariana, ¿por qué lo hizo?

No, no. Carlos no es el hijo de doña Mariana. El hijo de doña Mariana está en América. Carlos es hijo de doña Matilde y de don Fernando Deza: lo hemos visto nacer, y crecer, hasta que acabó el bachillerato y lo enviaron a la Universidad. Paquito el Relojero, que aunque está loco, tiene la mejor memoria del pueblo, quizá por loco, recuerda con precisión de horas todas las fechas exactas: cuándo vino de Madrid y cuándo volvió a marchar doña Mariana, cuándo se casó don Fernando Deza y cuándo doña Matilde parió a Carlos.

*Doña Mariana y don Fernando Deza eran amigos, pero don Fernando no fue el amante de doña Mariana. El amante de doña Mariana fue don Jaime Salgado. El hijo de doña Mariana es medio hermano de Cayetano.*

*Esto lo sabe todo el mundo, y no es levantar calumnias, aunque Paquito el Relojero, razonando sobre fechas, no esté de acuerdo. Sucedió hace muchos años, y el hijo nació con el siglo. Nació en el extranjero, fue criado en Astorga por unos maragatos que le dieron el nombre. Su madre le pagó estudios, le hizo ingeniero, y lo despachó a la Argentina.*

*Nadie podrá explicar por qué se supo, ni cómo. La gente, entonces, era bastante más tonta que ahora, pero ya empezaban algunos a espabilarse. No había motivos para sospechar. Doña Mariana había vivido siempre en Madrid, y sólo vino a Pueblanueva a la muerte de su padre. Entonces la conoció don Jaime.*

*Ella se demoró en Pueblanueva cosa de cuatro meses, y regresó a la Corte. Pasó un año. Un día apareció en Pueblanueva y preparó la casa para quedarse. El hijo ya había nacido. No traía con ella criada que estuviera en el secreto y pudiera irse de la lengua, ni ella, naturalmente, lo dijo a nadie. Se sospechó, pero ¿por qué? Quizá alguna mujer. Las mujeres adivinan lo que a los hombres nos pasa inadvertido. Se sospechó. Corrieron las sospechas. Fue un silencioso escándalo. Hasta entonces, los Churruchaos solían tener hijos bastardos de muchachas labriegas, pero ninguna de sus mujeres había dado que hablar. Nadie se atrevía a murmurar de doña Mariana por falta de hábito o quizá por cobardía. Por aquellos años, decir Churruchao todavía era decir algo. Los Churruchaos se venían abajo, no tenían dinero, vendían las tierras, y don Enrique Quiroga bebía en las tabernas. Sin embargo, aunque no fuesen respetables, había la costumbre de respetarlos. Los nativos de Pueblanueva eran todavía un poco siervos. Ya no necesitaban de los Churruchaos para sacar un hijo de quintas, ya daban sus votos a quien les pagase más, ya sabían que un lío con la justicia se arreglaba directamente con la justicia, y no por intermedarios; pero los Churruchaos eran aún los señores. El escándalo de*

doña Mariana fue un escándalo en voz baja; lo contaban los maridos a sus mujeres en la cama y las mujeres a sus hijas en la cocina y las muchachas a los novios en el portal. Hasta que Peix, el comerciante de paños, catalán, se atrevió a contarlo en voz alta.

Doña Mariana enviaba dinero a Astorga y de Astorga se recibían cartas. Un giro al mes y una carta al mes. Fue difícil convencer al cartero de que descubriese el nombre de los destinatarios de aquellos giros mensuales. Fue necesario prometerle un empleo en el Ayuntamiento, que por fin se le dio. Cuando Peix tuvo el nombre, un viajante, amigo suyo, que trabajaba la plaza de Astorga, se encargó de averiguar detalles y circunstancias. Peix fue durante una semana el hombre más importante de Pueblanueva. Poseía los datos del secreto y no los contaba a nadie.

¡Qué crueldad la suya, o qué talento! Su tienda parecía un jubileo. Vendió más en quince días que había vendido en un año. Se hicieron amigos suyos quienes jamás lo habían deseado. Por congraciarle, se improvisó una junta general extraordinaria en el Casino y le eligieron secretario. Por adularle, las Hijas de María nombraron tesorera a la señora de Peix. Tenía un lío con el Ayuntamiento por el reparto de las contribuciones, y se le arregló a su gusto. Su vecino, el maragato tendero de ultramarinos, no queriendo desatender la tienda, enviaba por delante a su mujer, para que sonsacase al catalán, y dicen que el catalán puso los cuernos al maragato en la trastienda, pero sin que el adulterio sirviera para que contase nada. «Pero, señores míos, ¿por qué suponen ustedes que sé algo de nuevo? ¡Mi palabra de honor que no sé más que ustedes!» Ya lo llevó Dios, al pobre, y en el otro mundo estará pagando las que hizo en éste, si hay justicia; pero en aquella ocasión Pueblanueva pagó con su pelleja la curiosidad y comprendió tardíamente que Peix era un pájaro de cuidado. «E un bon peixe, este Peix.» El cuento de doña Mariana fue base de la fortuna de los Peix, un capitalito muy seguro que sus hijos se encargan ahora de dilapidar. Porque no podía más, o porque ya había conseguido cuanto le apetecía, por fin Peix reventó. Se supo que un matrimonio de Astorga criaba un niño al que había dado nombre, y que a



ese matrimonio iban los cuartos mensuales de doña Mariana. Falta sólo averiguar quién era el padre.

Se descartó en seguida a don Fernando Deza. Se había casado ya, y esperaba a Carlos, cuando nació el hijo de doña Mariana. Y antes de que ésta regresase a Pueblanueva, don Fernando se fue y no volvió. No es que fuera imposible que en el matrimonio y en la desaparición de don Fernando hubiera tenido que ver doña Mariana, pero que hubieran sido amantes no lo creía nadie. Era muy brava ella, y muy apocado él. Podía ser, pero nadie lo creía. Nadie —además— deseaba creerlo. El escándalo no habría sido lo bastante morrocotudo. Un lío entre Churruchaos se quedaba entre ellos, comido con su pan.

Don Jaime Salgado la visitaba con frecuencia. Se habían hecho amigos a la muerte de don Pedro Sarmiento, cuando doña Mariana vino a hacerse cargo de la herencia. Los Salgado ya tenían su astillero montado, que era un buen negocio. Don Jaime frecuentaba la casa de doña Mariana. Don Jaime estaba ya casado y era padre de Cayetano. Frequentaba la casa. Fue entonces cuando entró Manuela de cocinera: aún no había tenido la hija del Rucho. Manuela contaba, como era su obligación, lo que veía. Don Jaime llegaba a la casa, merendaba con doña Mariana, hablaban mucho. ¿Nada más? Manuela, por la salvación de su alma, juraba que nada más.

En casa de don Jaime había mucho disgusto. No es que a doña Angustias le faltase nada, pero su marido no había vuelto a dormir con ella desde el nacimiento de Cayetano. Doña Angustias, que había sido bonita, engordaba, se pasaba las tardes en la iglesia, y andaba siempre triste. Los domingos iba a la misa de nueve, y don Jaime a la de once: a la salida, acompañaba a doña Mariana, haciéndole homenaje. Y si se encontraban, cualquier tarde o mañana, por la playa o por el muelle, a donde ella iba a pasear, la acompañaba también, siempre respetuoso y amable, más respetuoso y más amable de lo que fuera menester. Las criadas de doña Angustias contaban de las disputas. Una vez, doña Angustias, fuera de sí, gritó a su marido: «¡Me tienes abandonada por esa zorra!».

*Y don Jaime le pegó. Las criadas dicen que le pegó. No lo vieron, pero oyeron llorar a su señora. La oyeron llorar y la sintieron encerrarse en su cuarto con Cayetano, que también lloraba. «¡Me tienes abandonada por esa zorra!»*

*Era el dato que faltaba. En el Casino, en las tiendas, en los hogares, la gente respiró. Ni entonces ni después se pudo comprobar, por detalles fidedignos, que don Jaime fuese amante de doña Mariana, que fuese el padre de su hijo; pero seguridad moral, ésa la tenía todo el mundo. Seguridad y alegría. Hubiera sido un Churruchao o un sujeto foráneo y desconocido, y las cosas habrían variado. Pero don Jaime Salgado nos pertenecía. Todavía su abuelo había andado a la mar, y de su padre le venía el origen de la fortuna, por unos pocos cuartos traídos de Cuba. Y aun ahora, enriquecido, trataba a la gente con mucho comedimiento, y procuraba no ofender a nadie con la riqueza, lo que se ve pocas veces en los que medran.*

*Que don Jaime Salgado se acostase con doña Mariana valía tanto como si se acostasen todos los hombres honrados de Puebla-nueva. Que hubiera tenido un hijo de ella, valía como si todos lo hubiéramos tenido. La justicia de este mundo llega tarde, pero llega. Durante cientos de años, los Churruchaos hicieron hijos a quienes les pareció. Durante diez o doce, cada vez que don Jaime hacía su visita, pensábamos: se va a acostar con ella. ¡Cuántas tardes, en el corrillo del Casino, nos echábamos a imaginar: ahora don Jaime hará esto, hará lo otro! Y era como si nosotros mismos anduviésemos en ello. Pero el bien de Dios dura poco, y ahora, de todo aquello nos quedan los recuerdos.*

*La historia de doña Mariana se sigue contando. Es como esas piezas de música que aparecen en todos los programas: como «La Comparsita». Todo el mundo debe saberla. Doña Mariana continúa paseándose, tan tiesa, todos los atardeceres de bonanza, con sus perros, y la Rucha detrás; se pasea como si fuese la señora, y lo es en apariencia. La saludamos: «Buenas tardes, señora», y aún hay quien dice: «Buenas tardes nos dé Dios». Pero todos lo decimos con una sonrisa debajo de los labios, como si quisiéramos llamarle ¡zorra!, y el insulto nos quedase en la sonrisa.*

## Capítulo 1

El tren que traía a Carlos Deza de Alemania le dejó en la estación del Este, a las nueve de la mañana. Se informó. La salida más cómoda para España era a la misma hora, desde Austerlitz. Tenía por delante un día entero casi vacante, porque la visita a don Gonzalo Sarmiento le consumiría poco rato. Dejó consignado el equipaje, y con un maletín en la mano se metió en la ciudad. Calculó la distancia hasta un café donde otras veces acostumbraba a desayunar, y, por gastar el tiempo, marchó a pie. Mientras desayunaba pidió un periódico, y se enteró de lo que acontecía en Francia, en el mundo y también en España. Nada era nuevo. Pasó después por un hotel conocido, cerca de la Sorbona, y le dieron cama para una noche.

—Iré hacia las once.

Le quedaba tiempo. Entró en una librería, revolvió un poco, y compró dos libros profesionales. Le atrajo también un volumen de poesía, de faja muy llamativa, pero no se atrevió a hojearlo. Pensó, sin embargo, que no estaba muy informado de la poesía francesa en los últimos dos años, pero también era cierto que desconocía lo que la ciencia francesa había dicho durante el mismo tiempo. Por imperativo moral adquirió un tercer libro, sobre localizaciones cerebrales, y salió. En el metro empezó a leer. Era ciencia alemana explicada en francés; casi todas las cosas estaban más claras que en alemán. Pensó que si hubiera estudiado con aquellos textos, ahora sería un buen psicoanalista.

Sarmiento vivía en Montmartre. Tenía apuntada la dirección en alguna parte. «¿Si la habré perdido?» Buscó en los bolsillos, y se olvidó de la ciencia alemana y de la claridad francesa. ¿Cómo es que don Gonzalo Sarmiento vivía en Montmartre? En Montmartre ya no vivía nadie. Preguntó a un guardia dónde estaba la calle; el guardia señaló hacia arriba. Cerca de la Basílica, al lado de la plaza. «Junto a la casa del pintor Utrillo», añadió el guardia. Carlos comenzó la ascensión, sin prisa, consultando el reloj. Quería llegar a las once. Quizá no fuese buena hora, pero, en cualquier caso, alguien le diría cuándo estaba en casa don Gonzalo. Tenía que ser conocido. Vivía en París desde principios de siglo. A principios de siglo, todavía los artistas vivían en Montmartre. Fue don Gonzalo, seguramente, de los que no emigraron.

«Te pido que si pasas por París vayas a ver a mi primo Gonzalo. No será una visita agradable, porque Gonzalo es una calamidad, tiene que estar muy viejo y nunca fue inteligente. Gonzalo me importa un bledo, pero quiero que me traigas una impresión personal de su hija. Creo que está en un colegio, a pesar de sus veinte años, pero, si es posible, me gustaría que la vieses y hablastes.» Esto decía la carta de doña Mariana.

Dio con la casa, colgada sobre la vertiente, cara a París. Era un bonito lugar, y, desde allí, se veía la ciudad, borrosa en medio de la niebla rojiza. Antes de llamar, estuvo un rato contemplando. Quizá tuviese explicación que todo el mundo hubiera emigrado a Montparnasse. Desde aquellas alturas, el aire imponía un modo de pintar.

—Bueno. ¿Y a mí qué me importa todo esto?

Sin embargo, permaneció todavía unos minutos cara a París; y como fuese temprano, se entró en la plaza. Estaba llena de americanos curiosos, sentados en las terrazas del centro. Un viejo barbudo tocaba en un violín el vals de *La viuda alegre*. Carlos sonrió. Años antes, la primera vez que

había estado allí, le explicaron que aquel violinista viejo, que mendigaba de mesa en mesa sobre notas de vals vienes, no era más que un mendigo aparente: «Forma parte de la decoración. La Comuna libre de Montmartre le paga un sueldo, le da un piso y le deja ejercer la mendicidad mientras conserve su figura. Si perdiera la barba, sería despedido». Montmartre pagaba sus tipos raros y conservaba su singularidad revolucionaria y romántica. Los americanos seguían viniendo en grandes autocares, y se conmovían con los falsos bohemios, las falsas prostitutas y los falsos mendigos. «En el fondo es admirable», pensó Carlos. Y buscó, otra vez, la casa de don Gonzalo Sarmiento.

Se llegaba a la puerta por unas escaleritas exteriores y un patinillo. La casa, pequeña y vieja, pintoresca, demasiado pintoresca, como cultivada en su pintoresquismo. De la puerta colgaba una anilla de hierro. Tiró, y en algún lugar remoto sonó una campanilla. Por la ventana de la portería, encima de la puerta, un poco más arriba de su cabeza, asomó una mujer morena, de pómulos anchos. Carlos dio el nombre de don Gonzalo Sarmiento.

—Segunda puerta, a la izquierda.

La escalerilla de piedra continuaba más allá de la entrada, ascendía oscura, y, allá arriba, se clareaba misteriosamente.

—Segunda puerta, a la izquierda.

«¿Qué clase de tipo será?» Las gentes que se había tropezado por la calle tiraban a menestrales. Gonzalo podía ser un artista fracasado, fiel a su tiempo. ¡Vaya usted a saber! Alguna gente quedó en Montmartre y él había oído hablar de alguien, pintor, de Pueblanueva, que había estado en París. Pero no le sonaba que fuese un Sarmiento.

La segunda puerta, a la izquierda, no tenía aldaba. Golpeó con los nudillos, y pasado el tiempo hubo de golpear de